

## El carisma de preferir a Cristo

### Encontrar a Cristo en Filadelfia

La Casa dependiente de Casamari en New Jersey se encuentra muy cerca de Filadelfia. Desde hacía tiempo el nombre de esta ciudad despertaba en mí el deseo de ver una vez la «Cabeza de Cristo» de Rembrandt, que se encuentra justamente en su «*Museum of Art*». Los monjes y sus amigos me organizaron con mucho gusto una visita. Cuanto más me acercaba al museo más aumentaba el deseo de ver este retrato de Cristo, que forma parte de una serie sobre el mismo tema y con el mismo modelo, un hombre joven judío que Rembrandt debió encontrar en el barrio judío de Ámsterdam. El retrato de Filadelfia es el que más me hablaba, y no sabía mucho por qué. Nos dirigimos enseguida hacia las salas dedicadas a las pinturas de la época de Rembrandt. No conseguíamos encontrar «mi» cuadro. Y las informaciones recibidas de los guardias, como respuesta a nuestra búsqueda, eran descorazonadoras: «Está expuesto fuera... está en restauración... está almacenado...». Al poco tiempo, comencé a resignarme a no verlo y a consolarme admirando las otras obras maestras que forman parte de la riqueza del museo. Pero mi corazón estaba como el de María Magdalena en la mañana de Pascua y tenía ganas de decirles: «¡Si está en el sótano, decidme dónde se encuentra e iré yo mismo a buscarlo!». Como me gusta mucho este cuadro, me había imaginado que debía estar realzado de una manera especial, en el centro de una sala, quizá incluso completamente solo, protegido por un cristal de seguridad, y que se debería hacer casi cola para verlo, pues, seguramente mucha gente venía del mundo entero para admirarlo. Un poco parecido a la Gioconda de Leonardo da Vinci en el Louvre, o la Piedad de Miguel Ángel. Después, visitando una sala donde no había nadie, pasando sin demasiado entusiasmo de una naturaleza muerta a una escena de caza, mientras que pasaba delante del cuadro que tanto buscaba, no lo vi inmediatamente, y fue mi acompañante quien me llamó la atención: «Pero, ¡¡si es el Cristo de Rembrandt!!».



Estaba en un rincón, como un cuadro cualquiera. Para mí esto fue un sobresalto de alegría, como si hubiera encontrado a un amigo perdido desde hacía años y que yo creía muerto. Raramente un cuadro o un icono me han hecho encontrar a Cristo como esta obra de Rembrandt. La admiración se convirtió enseguida en oración, contemplación, diálogo con Jesús.

Y me preguntaba por qué, por qué este retrato podía hablarme tan intensamente del misterio de Cristo.

Fijándome en él largamente en silencio, veía lentamente que la irradiación de este rostro no venía de su superficie, de su aspecto, sino de una interioridad invisible que Rembrandt consiguió expresar. Es el rostro de un Cristo recogido y concentrado en su corazón, en su corazón en relación con el Padre.

Pero, al mismo tiempo, este rostro expresa la atención a alguien más, a alguien presente idealmente a su derecha, hacia quien Jesús vuelve discretamente su mirada, y también la oreja derecha libre de los cabellos y especialmente iluminada por los rayos de luz que iluminan el rostro desde lo alto.

Rembrandt ha sabido representar, de este modo, la unión y la simultaneidad en Jesús de la atención interior al Padre y la atención al hombre, a todos nosotros. Una atención interior e irradiante que coincide con la humildad de Cristo, con la humildad del amor de Cristo hacia el Padre y hacia los hombres. Y esta es la belleza de Cristo, la que nos llama y atrae, y que hace que el encuentro con Él nos revele al mismo tiempo al Padre y a nosotros mismos.

¿Es este Rostro el que han visto aparecer en sus vidas y en sus corazones todos los discípulos que lo han visto resucitado? ¿Es este el Rostro que ha visto santa María Magdalena cuando el Resucitado la llamó por su nombre? ¿Es este Rostro el que han mirado sin reconocerlo en el camino los discípulos de Emaús y que han reconocido en un instante eterno en la fracción del pan? ¿Es con este Rostro con el que Jesús ha preguntado por tres veces a Pedro: «¿Me amas?».

### **La preferencia que nos regenera**

Este «encuentro» inesperado y poco ordinario con el misterio de Cristo en el Museo de Filadelfia, tuvo lugar al final de un largo viaje de dos meses dedicado a la visita de varios monasterios de nuestra Orden en Brasil, Chile, Bolivia y Estados Unidos. Había acumulado, una vez más, como, por ejemplo, el año pasado en Vietnam, y en enero en Etiopía, muchas experiencias hermosas, ricos encuentros fraternales; tenía una conciencia más clara de los problemas y dificultades de las comunidades y, naturalmente, también una cierta dosis de cansancio. El cuadro de Rembrandt me recordaba que el sentido y el fin, el consuelo y la unidad de todas estas experiencias, no estaban en mis manos, en mis fuerzas, en mis juicios, ni en las manos, las fuerzas, los juicios de los demás, sino en el misterio de un Rostro, que ha venido a mirarnos personalmente con la profundidad de un Corazón cuyo amor viene del Padre y dirige todo hacia Él. Y esto me liberó, incluso en medio de las preocupaciones, de las contradicciones, de la experiencia de mis propios límites y de los de los demás.

Lo que me regeneraba en esta experiencia era una renovación en mi corazón de la preferencia por Cristo, la preferencia que normalmente es la experiencia original de nuestra vocación, de cada vocación. Una preferencia de Cristo que es recíproca, siempre que nuestro corazón consienta amar por encima de todo a Aquél que nos ama primero, que nos prefiere primero y gratuitamente.

Se acepta su vocación cuando está acorde la preferencia con Aquél que nos prefiere. Se acepta dejar todo por Aquél que por nosotros ha dejado su «condición divina» para hacerse hombre, morir por nosotros y resucitar (cf. Fil. 2,6-11). Se vende todo para comprar la perla que se nos da con su valor inestimable (cf. Mt 13,45-46). En esta preferencia recíproca, que entre personas es intercambio de amor, reside el núcleo de toda vocación. Pero, a menudo, el camino de la vocación comporta como un desgaste de la preferencia. La vida, después del encuentro decisivo, continúa su curso con sus contratiempos, sus cargas y sobrecargas, sus altos y sus bajos, sus pruebas, sus esperanzas y sus decepciones. La preferencia, tan clara y nítida al principio, se hace menos evidente, menos determinante, menos apasionada. Pero tenemos experiencia de que esto nos hace más frágiles, menos capaces de afrontar la vida con confianza, con la alegría y fuerza necesaria. Y, a menudo, haciendo esta experiencia, no comprendemos que deberíamos reencontrar no primeramente la fuerza y la alegría, sino la preferencia misma de Cristo, esta preferencia recíproca que nos alentó un día poderosamente para seguir nuestra vocación.

### **El don esencial del Espíritu**

La lectura del Libro de los Hechos de los Apóstoles durante el tiempo pascual me ha hecho consciente de un efecto de Pentecostés en el que no había pensado antes. Cuando los apóstoles y los demás discípulos salieron del Cenáculo, los dones extraordinarios se manifestaron en seguida: el don de lenguas, el don de curación, el don de una predicación que atraía y convertía a las multitudes. Todo esto debió impresionar a todo el mundo, y, en primer lugar, a los mismos discípulos. Pero el hecho de que estos dones no hayan sido predominantes más tarde en la vida de la Iglesia, nos hace comprender que este no es el efecto más importante de Pentecostés. Otro don, más profundo y constante, ha sido comunicado por el Espíritu Santo a los discípulos del Señor, y es este don el que ha caracterizado la verdadera vitalidad de la Iglesia de todos los tiempos: el don precisamente de la preferencia de Cristo, el carisma de no anteponer nada a Cristo.

Es la preferencia de Cristo, el verdadero y más importante don del Espíritu, el don del que tenemos más necesidad, el don que nos permite acoger con verdad y fecundidad los demás dones. Pues, todos los demás dones del Espíritu, si no son acogidos para preferir a Cristo, serían como sacados de su naturaleza y de su fin y, en lugar de servir a la edificación del Reino, lo destruirían.

Ya que el Reino de Dios es la preferencia de Cristo.

Y vemos, en efecto, a los apóstoles que, habiendo tenido miedo, habiendo renegado de Jesús, habiéndose preferido a sí mismos en lugar de a Él, gracias a Pentecostés se convierten en hombres que son felices de sufrir por el Nombre de Jesús (Hch 5,41-42); hombres que no temían a nada ni a nadie, ni la prisión, ni los golpes, que obedecían a Dios antes que a los hombres, que no aceptan ninguna ganancia o

ventaja por su ministerio. Para ellos, la preferencia de Jesús es todo. El amor de Cristo vale para ellos más que la vida.

Pensemos en Simón Pedro. ¿Cuál fue el deseo más grande que debió habitar en su corazón cuando esperaba Pentecostés con la Virgen María, los apóstoles y demás discípulos? ¿Qué debió pedir al Espíritu Santo mientras que lo aguardaba en el Cenáculo de Jerusalén? ¿Qué gracia deseaba más que todas las demás?

Instintivamente pensamos que esperaba la fuerza para no ser débil, el valor para no ser ya más víctima de su miedo, la sabiduría y la elocuencia para anunciar a Cristo a las multitudes...

Pero olvidamos que Pedro acababa de escuchar a Jesús preguntarle por tres veces: «¿Me amas?» y, subiendo la exigencia, «¿Me amas más que estos?» (Jn 21,15-17). Jesús había dejado en él esta expresión de su necesidad de amor, de preferencia. Y Pedro había asentido, por tres veces, a esta pregunta pobre y humilde del Hijo de Dios. Pero Pedro sabía que no podía contar más consigo mismo. Sabía que no podía ya garantizar el no renegar.

Estoy seguro que entró en la espera del Espíritu prometido por Jesús con el único deseo de poder responder, con todo su corazón y con toda su vida, a la sed de Jesús de ser preferido en el amor. Pedro mendigó al Espíritu el don de la preferencia de Jesús, y es Jesús mismo quien le había sugerido esta intención esencial de orar, la que mejor corresponde con lo que el Espíritu quiere darnos al darse a nosotros.

Si no pedimos y no acogemos este don esencial del Paráclito, es como si rehusáramos los demás dones y gracias que el Espíritu quiere comunicarnos. Pues ningún carisma, ninguna vocación, ninguna misión, ningún ministerio, ningún sacramento, encuentra su sentido y su fecundidad si falta en nosotros la apertura a la gracia esencial de poder amar a Cristo sobre todas las cosas.

Pero es una gracia, un don del Espíritu, y esto quiere decir que podemos siempre volver a la preferencia de Cristo, incluso si la renegamos tan a menudo, personal y comunitariamente, podemos acogerla siempre de nuevo, pedirla constantemente al Espíritu, seguros de recibirla.

El problema es que con demasiada frecuencia, no pedimos y no esperamos esta gracia esencial del Espíritu Santo. Le pedimos muchas cosas que nos faltan, de las que carecen nuestras comunidades, pero olvidamos pedirle lo que no solo nos falta a nosotros, sino también a Jesús: nuestro amor que Le da la preferencia. Por lo tanto, esta es la única gracia que el Espíritu, que es Fuego, se quema por darnos.

Si no comenzamos, en todas las circunstancias y ante todos los problemas, por mendigar al Espíritu Santo que nos dé el no preferir nada a Cristo (RB 4,21; 72,11), el no tener nada más querido que a Cristo (RB 5,2), ninguna novedad, ninguna renovación será jamás posible. Continuaremos dando vueltas, afrontando y resolviendo siempre los mismos problemas, sin que nunca llegue una novedad, la novedad de lo alto.

Pero es suficiente que una sola persona, que un solo corazón, mendigue humilde y verdaderamente al Espíritu la gracia esencial de preferir a Jesús sobre todo, para que llegue la renovación, irresistible, como cuando Pedro salió del Cenáculo, lleno en plenitud de su deseo de responder a la sed de amor de Jesús. Incluso su sombra comenzó a hacer milagros (Hch 5,15), pues su corazón abrigaba el sol ardiente de la preferencia de Cristo. Y esta experiencia la propondrá a todos los fieles, expuestos a la hostilidad y a la persecución: «Dad culto al Señor, Cristo, en vuestros corazones, y estad siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza» (1Pe 3,15).

### **Comunión en la predilección**

Cuando san Pablo se dirigía decididamente hacia Jerusalén, todo el mundo se puso a disuadirlo y a ponerlo en guardia contra este proyecto, pues se sabía que Pablo sería perseguido en Jerusalén. El mismo Espíritu Santo le advirtió sobre lo que le iba a sobrevenir (cf. Hch 21,4.10-11). Pero Pablo no se deja cambiar por el miedo razonable de sus compañeros: «Al oír esto, nosotros y los de aquel lugar, le rogamos que no subiera a Jerusalén. Entonces, Pablo contestó: “¿Por qué habéis de llorar y destrozarme el corazón? Pues yo estoy dispuesto no sólo a ser atado, sino a morir también en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús.” Como no se dejaba convencer, dejamos de insistir y dijimos: “Hágase la voluntad del Señor.” » (Hch 21,12-14).

Este episodio nos ilumina sobre la manera en la que deberíamos siempre pedir y acoger las luces del Espíritu. San Pablo ha comprendido que si el Espíritu Santo le hacía conocer su destino, no era para hacerle huir, sino para que lo abrazase y aceptase por amor de Cristo. Lo que dirigía el camino de Pablo no era la imprudencia o la bravuconería, sino el deseo de no preferir nada a Cristo, ni siquiera su libertad y su vida. El Espíritu Santo no nos ilumina para servir a nuestra comodidad y nuestro confort, sino para ayudarnos a hacer libre y conscientemente las elecciones que nos permitirán preferir siempre, cada vez más, a Cristo que a nosotros mismos; pues es esto, como nos dice san Benito al final de la Regla, lo que nos abre a la gracia de la vida en plenitud: « No preferirán nada absolutamente a Cristo, y que él nos lleve a todos juntos a la vida eterna» (RB 72,11-12).

Los compañeros de Pablo acogen su testimonio y, en lugar de oponerse a su camino, quieren acompañarle, atraídos seguramente por el brillo de su predilección por Jesús. Como María en la Anunciación, son arrastrados por la predilección de Pablo a aceptar también ellos la voluntad de Dios: «Hágase la voluntad del Señor».

¡Qué hermosa es la compañía fraternal en la que la preferencia de uno solo arrastra a todos los demás para amar al Señor más que a sí mismos! Esta preferencia, ¿no

debería ser el dinamismo constante que unifique y reconcilie nuestras comunidades, en todas las elecciones que debemos hacer para avanzar en el camino?

### **Amar sin retribución**

Pedro, Pablo, acogiendo del Espíritu el don de la preferencia de Cristo, acogen también la libertad de poder amarle sin retribución, como Él nos ha amado en la gratuidad de su libertad divina.

Pero, ¿qué quiere decir amar sin retribución?

En Juan 10, Jesús describe su libertad pascual: «Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo: ese es el mandato que he recibido de mi Padre» (Jn 10,17-18).

Jesús vive su libertad en el espacio infinito de la obediencia al Padre. El mandato del Padre no disminuye la libertad del Hijo, pues el Padre quiere y manda al Hijo la libertad de dar y de recobrar su vida. El poder de recobrar quiere decir que el poder de dar es verdaderamente libre, totalmente libre. Pero, en realidad, Cristo no recobra su vida: Él prefiere recibirla del Padre, del Padre que le deja la libertad de recobrarla. El Hijo habría podido recobrar su vida en cada instante de su Pasión, desde Getsemaní hasta el último soplo. Jesús ha puesto esta libertad en las manos del Padre, en un acto de obediencia confiada que dejaba al Padre toda la libertad de devolver al Hijo su vida cuando y como Él quisiera.

Esta es la obediencia que la Profesión monástica quiere reproducir, y demasiado a menudo olvidamos el profundo soplo trinitario de nuestra vocación monástica, de nuestros votos. San Benito era bien consciente de esto, y podemos encontrar explícitamente en su Regla la invitación a vivir nuestros compromisos monásticos en el seguimiento de la libertad de Cristo, que da su vida renunciando al poder de recobrarla para recibirla de las manos del Padre, con el céntuplo del don y de la alegría pascual. A partir de la Profesión, hecha con total libertad después de larga reflexión, el monje no podrá dejar ya el monasterio y las exigencias de la Regla (RB 58,15-16). No debe esperar gloria y riquezas provenientes de su talento y de su trabajo (RB 57), de su estatus social (RB 2,16-22), o incluso de su estado sacerdotal (RB 62,2-4). San Benito resume bien esta actitud cuando habla de la pobreza: «Porque todo cuanto necesiten deben esperarlo del padre del monasterio, y no pueden lícitamente poseer cosa alguna que el abad no les haya dado o permitido» (RB 33,5).

Cuántas veces cambiamos la naturaleza de nuestro compromiso monástico reivindicando y creando una vuelta atrás de nuestro amor, que nosotros mismos elegimos. No esperamos ni aguardamos el don que viene del Padre.

Por lo tanto, esta esperanza y este aguardar son la cumbre del anuncio de la Resurrección, y, consiguientemente, la realización de nuestra verdadera Vida en Cristo. Cuando Jesús dice a María Magdalena: «¡Suéltame!», expresa inmediatamente la razón profunda del desprendimiento que pide: «que todavía no he subido al Padre. Pero vete donde mis hermanos y diles: “Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios”» (Jn 20,17).

Jesús no quiere que nuestro amor por Él se repliegue sobre nosotros mismos, que tenga una vuelta atrás sobre nosotros a la medida de la largura de nuestros brazos, de nuestra capacidad de agarrar con nuestras manos, con nuestra afectividad, con nuestras ambiciones. Pues es para mucho más para lo que hemos sido creados y redimidos: hemos sido hechos para una retribución de amor que viene del Corazón del Padre, del amor entre el Padre y el Hijo: el Espíritu Santo. Y una retribución de Amor trinitario que es demasiado grande para que nosotros la acojamos para nosotros solos: «ve a decirles a mis hermanos... vuestro Padre... vuestro Dios». Y este don del Padre a todos es el fruto de la gratuidad trinitaria. Es porque Cristo y el Padre «se sueltan», y hasta el abandono de la Cruz, por lo que Ellos se nos dan, por lo que podemos poseerlos en plenitud más allá de toda retribución o ventaja que podamos desear y agarrar por nosotros mismos, como Adán y Eva agarraron el fruto prohibido.

## **Libertad y obediencia**

«Fue María Magdalena y dijo a los discípulos: “He visto al Señor y me ha dicho esto”.» (Jn 20,18)

Si María Magdalena acepta en seguida esta libertad renunciando a su propia tendencia posesiva de agarrar y retener el objeto de su Amor, si ella va inmediatamente, sin comentarios, para cumplir su misión de anunciar la resurrección y la presencia de Jesús junto al Padre, para que en Él sea nuestro Padre y nuestro Dios, es precisamente porque ella ha visto al Señor y le ha escuchado: «He visto al Señor y me ha dicho esto».

Nuestra libertad no puede activarse y convertirse en misión sino en la medida en la que el Rostro y la Palabra del Resucitado se convierten en el tesoro de nuestro corazón, que no debemos retener porque estamos seguros que el Padre siempre nos lo da. Este es el secreto de la obediencia libre y fecunda. El anuncio de María Magdalena, su misión junto a los discípulos, es un acto de obediencia a Cristo vivo. Ella le ha contemplado, le ha escuchado, ella puede anunciarle en el desprendimiento y la obediencia. Nuestra obediencia es una exaltación fecunda de nuestra libertad si nuestro corazón la vive conduciéndola siempre de nuevo a su verdadera fuente: la preferencia de Cristo vivo y presente que contemplamos y escuchamos con amor.

San Benito expresa esto al comienzo del capítulo sobre la obediencia: «El primer grado de humildad es la obediencia sin demora. Exactamente la que corresponde a quienes nada conciben más amable que Cristo» (RB 5,1-2). Expresa en dos frases el secreto y la naturaleza de la libertad nueva del cristiano, una libertad que brota del amor preferencial por Cristo. Somos libres si nuestro tesoro, nuestra perla, es Cristo. Somos libres solamente si pedimos y acogemos el Espíritu que nos da el amar a Cristo sobre todas las cosas.

La presencia del Señor que nos habla es nuestra liberación, la liberación integral de nuestra persona, la que hace de nosotros hijos de Dios. A menudo pedimos a Cristo una liberación parcial, una liberación solamente de aquello que nos molesta, de lo que nos disgusta o nos hace sufrir, una liberación que podríamos obtener también de otras personas o medios. Nos gustaría un ejercicio de la libertad que, en el fondo, no hiciera más que replegar nuestra vida sobre nosotros mismos, en lugar de dejarnos agarrar y acompañar por Cristo hacia su Padre y nuestro Padre. Cristo quiere liberarnos totalmente, quiere hacernos libres totalmente, profundamente, en nuestro ser más que en nuestra condición contingente. La libertad que nos da el Cristo pascual es una libertad del corazón que nos permite vivir libremente también en medio de las contrariedades. Como Pablo y Silas que, vencidos y enfermos en la prisión, cantaban las alabanzas de Dios (Hch 16,22-25).

La libertad que el Espíritu nos da es la libertad de amar a Cristo hasta el Padre, y de no tener otro retribución de nuestro amor que el Amor en el que el Padre nos ama en su Hijo por el Espíritu.

Cuanto más conozco nuestra Orden, nuestras comunidades, y a todos los monjes y monjas que las componen, más los quiero y deseo quererles, y no pido otra cosa al Espíritu para todos nosotros que el don de preferir a Jesús. ¿Queremos permanecer unidos en esta oración?



Fr. Mauro-Giuseppe Lepori  
Abad General O.Cist.

Roma, Pentecostés, 2012